

desde Constantin á Tarragona en el dia 19 de mayo del año 1323.

La majestad de Dios nuestro Señor, quiso ilustrar tambien esta traslacion con milagros, y entre otros un sacerdote llamado Ramon Castellon, que estaba del todo ciego diez y seis años habia, invocó á la bendita virgen Sta. Tecla rogándola le alcanzase de Dios la vista perdida: la cual luego cobró perfectamente, de lo que su alteza, el arzobispo y todo el pueblo quedaron muy consolados y con razon.

La fiesta de la traslacion del brazo de Sta. Tecla celébrase en Tarragona en la quinta dominica despues de Pascua.

Sabe esta gloriosa Santa defender su Iglesia, como se vió en el rey D. Pedro IV de este nombre en Aragon, quien quiso usurpar las tierras de la catedral de Tarragona, patrimonio de la Santa, é hizo mil daños en ellas enviando allá su ejército; pero despues de haberle citado los canónigos para delante el acatamiento de Dios, Sta. Tecla le apareció, y le dió un bofetón, del cual cayó malo y murió dentro pocos dias; y reconociendo su culpa antes de espirar, y que aquel era castigo de Dios, mandó restituir á la Iglesia lo que le habia tomado y reparar los daños que habia hecho.

La magnífica catedral de Milan está dedicada á Dios bajo la advocacion de Sta. Tecla. (*Vill. But. y Dom.*)

SANTA XANTIPA Y POLIXENA.

SANTA Xantipa fué una de las mas esclarecidas mujeres de Córdoba en el imperio de Neron. Su nombre da á entender que descendia de los antiguos griegos que poblaron aquella ciudad. Casó con Probo, romano al parecer y uno de los señores principales de aquella tierra, amigo íntimo del emperador. Tenia otra hermana llamada Polixena, de la cual no consta que hubiese casado. Era á este tiempo pretor de la España ulterior Filoteo, cuya residencia como la de todos los demás pretores era Córdoba donde estaba la basilica y pretorio. Dicen pues que cuando S. Pablo vino á España, cuyo hecho tiene á su favor insignes testimonios, persuadió Xantipa á su esposo que le hospedase en su casa, y fué adoctrinada con su predicacion en el Evangelio de Jesucristo, cuya fe abrazaron ella y su esposo. Añaden que Xantipa vió en la frente de S. Pablo unas letras que decian: Pablo, apóstol de Jesucristo. Polixena partió con el Apóstol á Acaya, provincia de la Grecia que hoy decimos la Morea, donde S. Andrés predicaba; de cuya mano recibió el bautismo. Despues volvió á Córdoba á la compañía de su her-

mana, de cuyo ejemplo y persuasion se valió Dios para que aquella ciudad, dejada la supersticion de la idolatria abriese los ojos á la fe, y se convirtiese á la adoracion de su santo nombre. Uno de los convertidos fué Filoteo. Murieron estas dichosas hermanas en la paz del Señor hácia el año 70 de Cristo. Su memoria se señala hoy en el Martirologio romano y en el Menologio de los griegos.

La misa es en honor de S. Lino, y la oracion la siguiente:

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado S. Lino; concédenos por tu bondad que esperimen-

temos los efectos de su proteccion en la tierra cuando reverentes festejamos su nacimiento á la gloria. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia habiendo concebi-

do, pare al pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais pues errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva, y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

REFLEXIONES.

A cada uno le tienta el atractivo de su propia concupiscencia. Hablando en propiedad, nosotros mismos somos nuestro mayor tentador. No hay que atribuir al demonio lo que es cosecha de nuestro propio terreno. Nuestro amor propio, nuestra concupiscencia, nuestro propio corazón, son aquel fino, aquel artificioso enemigo que nos arma tantos lazos, que nos hace caer en las redes que nos tiende. El primer coste siempre le hace la pasion dominante, gana primero el entendimiento, y despues rinde el

corazon: conquistados estos dos fuertes, reina con imperio la concupiscencia. En vano quiere resistirse la fe; en vano hace sus protestas: hasta los esfuerzos de la razon son desmayados y débiles: la concupiscencia los deslumbra todos; y es tanto el ruido que mete, que no se dejan percibir las voces de la conciencia. Embótase la punta de los remordimientos contra la dureza del corazon, que comienza en estragado y acaba en insensible. En apoderándose la concupiscencia del corazon humano, todo es tumulto, todo confusion, y este es el origen de las tentaciones. Siempre se logran algunos intervalos de la fe y de la razon; pero su desmayada luz entre tantas y tan espesas tinieblas solo sirve como para entrever de cuando en cuando el lastimoso estado en que uno se halla, al modo que al pasajero resplandor de los relámpagos se descubre de tiempo en tiempo el precipicio que nos ocultaba la tenebrosa oscuridad. En este infeliz estado se viene á caer cuando no se acude con tiempo á impedir que tome fuerzas la concupiscencia, cuando desde los principios no se ataja, no se sujeta, no se doma la pasion dominante. Fomentase por todos los caminos al amor propio, ¡y nos quejamos despues de los estragos que hace! Lisonjéase en todo á la pasion dominante, ¡y despues hay grandes quejas por los alborotos que escital. Atribúyese á la malicia del demonio una ocasion próxima que se buscó muy de propósito: un mal pensamiento que nació en nuestro corazon; pero le engendró una vista voluntaria y muy deliberada; la lectura de un libro que se solicitó con el mayor cuidado; una larga, tierna y amorosa conversacion en que se deramó el corazon, y fué á buscarse muy de intento. Es cierto que las pasiones son tentaciones continuas; pero estas pasiones nos deben á nosotros mismos toda su fuerza y toda su malicia. Tal vez despiertan hasta en la soledad y en el desierto: ni los rigores de la penitencia bastan siempre para contenerlas: en medio de ellos se amotinan y conspiran en nuestra pérdida. Pero es preciso confesar que en ninguna parte son tan terribles como entre los placeres, entre las diversiones, en la libertad que se concede á un corazon inmortificado, en la disipacion, en la indecucion, y en medio de ese gran mundo. No demos lugar á la tentacion: estemos siempre en centinela contra los asaltos de las pasiones, y poseamos nuestra alma con el recogimiento y con la modestia. Mortifíquese el corazon, reprímense, arréglen-se los sentidos, y á buen seguro que hará pocos progresos la tentacion.

El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluiría, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del fin del hombre.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no estamos en este mundo por casualidad. Algun fin se propuso Dios cuando nos sacó de la nada, y este fin no puede ser otro que el de su gloria, habiéndonos criado para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole; le damos testimonio de este amor sirviéndole; y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos; pero nunca pudo criarnos para otro fin.

El desórden de las costumbres podrá muy bien hacernos olvidar nuestro deber, pero nunca podrá mudar nuestro último fin; y por desarregladamente que vivamos, siempre será verdad que no estamos en este mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de muchos placeres, y para hacer en él una gran fortuna. Solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los reyes y los pueblos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos solo están en el mundo para este único fin. Que los hombres sean de diferentes clases y condiciones: que haya subordinacion entre ellos; que unos nazcan para señores y otros para

vasallos, todos nacieron para el mismo último fin, y todos convienen en este punto capital que todos nacimos para conocer á Dios, para amarle y para servirle.

Que se pase la vida sin pensar siquiera á qué fin estamos en este mundo; que llegue la muerte sin haber pensado jamás en él, siempre subsistirá esta verdad en todos sus principios y en todas sus consecuencias. Siempre será verdad que aquel libertino que vive como si no estuviera en este mundo mas que para entregarse á los deleites y á los placeres; que aquella persona mundana que tiene tan poca religion; que aquel hombre del mundo dedicado únicamente á hacer fortuna en él; siempre invariablemente será verdad que todas estas personas solo están en la tierra para amar á Dios, para servir á Dios y para agradarle. No fué mas criado el fuego para calentar, ni el sol para alumbrar, que el hombre para servir á Dios y para glorificarle. ¡Qué reflexiones se ofrecen sobre esta verdad! ¡qué sobresaltos, qué remordimientos deben producir estas reflexiones!

¿Pero subsiste el día de hoy entre los mundanos esta verdad fundamental de nuestra religion, esta basa en que estriba todo su edificio? Pues qué, ¿en esta risueña estacion del año, que brinda á todos con unas diversiones tan poco cristianas, no hay cristiano que no esté obligado á amar á Dios, á servir á Dios, á glorificar á Dios ni mas ni menos como en los dias destinados á la penitencia? ¿Pero qué será de aquellas personas que tanto se oponen á esta indubitable doctrina? ¿Viven segun el fin para que están en este mundo? ¿Y cuál será el término de un camino que no va á dar en nuestro último fin?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay verdad en el cristianismo que mas presto se aprenda que la del fin del hombre; pero tampoco la hay en que menos se piense, ni que menos fuerza nos haga cuando se piensa en ella. Acaso nunca se ha penetrado bien su sentido, ni mucho menos sus consecuencias. Porque si es verdad que solo estoy en este mundo para servir á Dios, no debiera haber en mi vida ni una sola accion que no se refiriese á Dios, y quizá no encontraré en toda la mia ni una sola que haya hecho únicamente por Dios.

Si se consideran precisamente nuestras costumbres, nuestras máximas y nuestra conducta, ¿se dirá que es Dios nuestro último fin? Cada cual tiene sus fines; pero si no es Dios este fin, ¿cual será nuestro término? Cada cual tiene sus fines; ¿pero qué fines son estos? Aquella conveniencia, aquel empleo, aquella ganancia, aquella diversion, y muchas veces aquel pecado: este

es el objeto de mi concupiscencia, de mi ambicion, de mi pasion dominante. Este es propiamente el fin de aquellas negociaciones, de aquellos desvelos, de aquellas solicitudes, de tantos pasos, de tantos movimientos, de aquella vida dura, aplicada, bulliciosa y atropellada de tantas gentes; ¿y en esas fatigas, en esa aplicacion, en ese estudio ingrato y laborioso se mira muchas veces á Dios? ¿se consulta su divina ley? ¿se toman medidas justas para lograr el último fin? Ciertamente en la mayor parte de las empresas y de los grandes negocios del mundo para nada se cuenta con Dios.

¿Búscase á Dios en esas profanas diversiones, en ese juego, en esas concurrencias en que la profanidad saca á la calle todo su aparato? ¿búscase á Dios en esos proyectos ambiciosos, en esos suntuosos equipajes y en esos espléndidos hanquetes? ¿búscase á Dios en esas devociones de ruido, de moda y de capricho? Despues que la vanidad y el amor propio se levantan, por decirlo así, con lo mejor de nuestras acciones, ¿restará en ellas mucho donde Dios pueda usar de su derecho?

¿Será posible que llegue á tanto nuestro atolondramiento, que miremos á sangre fria nuestro descamino y nos complazcamos en él? Yo no estoy en este mundo sino para conocer, para amar y para servir á Dios; ¿pero conozco bien á este Dios, cuyas leyes atropello, y cuyas santas máximas ha tanto tiempo que estoy menospreciando? ¿amo á este Dios á quien desagrado sin reparo, á quien ofendo sin remordimiento, y á quien deshonro con mi vida? ¿sirvo á este Dios cuando no reconozco otro dueño que al mundo y á mis pasiones?

Hombres ingratos, esclama el Profeta, ¿aun no estais contentos con vuestra herencia de tener á Dios por vuestro último fin? ¿Pues por qué os quereis dividir entre Dios y el mundo? ¿Qué se debe inferir de aquí? ¿y cual será el efecto de los terribles cargos que me hace mi conciencia?

Qué, mi Dios, ¿será posible que solo estoy en este mundo para amaros y para servirlos, y acaso se habrá pasado la mejor y la mas bella parte de mi vida sin haberos servido ocho dias, y aun quizá ni un solo dia?

Callo, Dios mio, y sello mis labios, cubierto de confusion. Yo he vivido, yo he envejecido en la disolucion y en el desorden; pero vos, Señor, que vais á buscar la oveja perdida, no desechareis la que con vuestra divina gracia acude á postrarse á vuestros pies, protestando no quiere ya servir á otro dueño que á vos solo.

JACULATORIAS. — Hacedme, Señor, la gracia de que reconozca mi fin, para dedicarme en adelante á él de otra manera que lo he hecho hasta aquí. (*Psalm. 38.*)

Todo soy vuestro, Dios mio, y lo soy por muchos titulos; no quiero vivir en adelante sino para vos. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 El fruto es del dueño á quien pertenece el árbol. Todos somos de Dios por muchos motivos; y así deben ser de Dios todas nuestras acciones. Cualquiera de ellas que tenga otro fin, es sin mérito. ¡Oh, y cuantas obras son perdidas para la eternidad! Interesamos, pues, mucho en evitar esta pérdida. No hagamos cosa sin tener en ella otro fin que el de agradar á Dios; propongámonos en todas su mayor gloria, y encontraremos siempre la nuestra. Bien se puede decir que nuestros intereses son inseparables de los suyos. Pero es muy fácil equivocarnos en esta concurrencia de motivos; y no pocas veces nos buscamos á nosotros mismos, aun cuando nos lisonjamos de buscar únicamente la mayor gloria de Dios.

2 *La caridad* (dice el Apóstol) *es paciente, es benigna, no entiende de zellos, ni de emulaciones.* Todo zelo amargo, inquieto y agrio; todo zelo acompañado de cierta secreta emulacioncilla no es zelo. El carácter del verdadero zelo, es decir, de aquel zelo que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con óleo y con vino, como el caritativo Samaritano: es corregir las faltas con dulzura, esperar el efecto de los remedios con paciencia: alegrarse verdaderamente del fruto que hace el Señor en las almas por los trabajos de otros. Aquella maligna tristeza que se experimenta al ver que otros hacen mas fruto que nosotros con los ministerios, es prueba evidente de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. *Si tu zelo es amargo* (dice el apóstol Santiago) *y tu espíritu contencioso, no te glories en tus trabajos: esa sabiduría no es la que viene de arriba, es una sabiduría terrestre, diabólica y animal:* por tanto, donde hay envidia hay desorden y acciones perversas de toda especie. Si tienes que corregir á tus hijos, ó que reprender á tus criados, guárdate bien de hacerlo con altivez, con cólera, ni con destemplado ardor: la caridad es dulce y nunca se descompone. Son pruebas de una intencion derecha y pura trabajar sin turbacion, sin inquietud y sin apresuramiento: trabajar con tanta aplicacion y con tanto zelo en secreto, como en público; en empleos deslucidos, como en los mas brillantes;

en una rústica aldea, como en las mas cultivadas y mas numerosas poblaciones; con los pobres y desvalidos, como con los ricos y poderosos; á vista de todo el mundo, como en un riñon sin testigos: trabajar como si no hubiera en el mundo mas que Dios, y alegrándonos de que los demás trabajen todavia mas que nosotros: no inquietarse cuando le interrumpen el trabajo, y cumplir tan exactamente con las menores obligaciones, como con las mayores. Aquellas personas religiosas que hacen poco caso de las reglas menudas, con pretexto de que son menudencias, seguramente no buscan puramente á Dios en la observancia de las mayores. El que únicamente aspira á dar gusto al dueño á quien sirve, igualmente le complace en todo lo que le agrada.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

LA FIESTA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA CON EL TÍTULO DE LA MERCED. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES ANDOQUIO presbítero, Tirso diácono, y FELIX, en Autun; á los cuales S. Policarpo, obispo de Esmirna, envió desde Oriente á predicar el Evangelio en Francia, en donde despues de haberles azotado cruelmente, los tuvieron un dia entero colgados de las manos atadas á las espaldas; luego los arrojaron al fuego de donde salieron sin lesion; y finalmente magullándoles la garganta con varillas fueron gloriosamente coronados.

EL MARTIRIO DE SAN PAFNUCIO Y SUS COMPAÑEROS, mártires, en Egipto; el cual estando en el desierto tuvo noticia de que habia muchos cristianos en las cárceles, é inspirado de Dios se presentó voluntariamente al prefecto y con grande ánimo le dijo que era cristiano, quien mandó que le atasen con cadenas de hierro, y le atormentasen por largo tiempo en el potro. Despues en compañía de otros muchos le envió á Diocleciano, por cuya orden le clavaron contra una palma; á los demás pasaron á cuchillo.

CUARENTA Y NUEVE SANTOS MÁRTIRES, en Calcedonia; los cuales despues del martirio de SANTA EUFEMIA (cuya vida se lee en el dia 16 de este mes, pág. 334.) fueron condenados á las fieras en tiempo del emperador Diocleciano; pero habiendo sido milagrosamente preservados de este tormento, por último degollándolos, volaron al Señor.

SAN GERARDO, obispo y mártir, en Hungría, llamado apóstol de los húngaros; el cual siendo de una familia de senadores de Venecia fué el primero que ennoblecíó su patria con un esclarecido martirio.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN RÚSTICO, obispo y confesor, en Auvergne.

SAN GEREMARO, abad, en la diócesis de Beauvais.